

Quando Jorge entró en su casa á las once, encontró á Luisa leyendo, esperándole.

Pidió noticias de la comida del Consejero.

—Excelente - dijo Jorge, empezando á desnudarse.

—Se bebió mucho vino; hubo brindis...

Y de pronto:

—A propósito. ¿A qué ibas tú á los Arroyos?

Luisa se pasó las manos por la cara para ocultar su turbación y dijo, balbuceando ligeramente:

—¿A los Arroyos?

—Si. Saavédra, uno que estaba en casa del Consejero, me ha dicho que te veía pasar por allí todos los días, á pie y en coche...

—¡Ah!—dijo Luisa, tosiendo.—Iba á ver á Quedes, una muchacha que iba conmigo al colegio y que había venido de Oporto. Silva Quedes...

—¡Silva Quedes!—dijo Jorge pensativo.—Creí que estaba de secretario general en Cabo Verde.

—No sé... Vinieron por un mes en el verano, y vivían en los Arroyos; ella estaba enferma, la pobre; fui algunas veces... Lleva fuera esa luz, que me daña..

Quejose de que toda la tarde estuvo muy molesta. Se sentía débil y con un amago de fiebre...

En los días siguientes no se encontró mejor. Se quejaba de frío en la cabeza, de malestar...

Un día no se levantó, y Jorge, inquieto, no salió, queriendo llamar en seguida á Julián; juró Luisa que "no era nada; un poco de debilidad acaso..."

Esto opinó Juliana, allá en la cocina:

—La señora está muy flaca; ahí hay algo del pecho—dijo con importancia.

Juana, que estaba inclinada sobre el fogón, replicó:

—¡Lo que es la señora es una santa!

Juliana la echó una mirada rencorosa, y dijo con una sonrisita:

—La señora Juana dice eso como si las otras fuesen una peste.

—¿Cuáles otras?

—Yo, y usted, y todas...

Juana contestó sin volverse, y moviendo siempre las parrillas:

—No encontrará usted otra como ella, señora Juliana. Una señora que le deja hacer lo que quiere, y que ella misma trabaja lo suyo... El otro día vació las aguas... ¡Es una santa!

El tono hostil de Juana la exasperó; pero se reprimió: á pesar de su *posición* en la casa, dependía de ella para los calditos, los *bifteaks* y las golosinas; tenía delante de ella esa timidez respetuosa de las constituciones débiles por los cuerpos fuertes, y dijo con voz ambigua:

—Son genios... La gusta reñir; pero hay que decir que es señora de mucho arreglo, y que la gusta trabajar. A veces con ver una chispita de polvo, ya tiene bastante para coger el plumero. Es su genio;

ya he conocido otras iguales... y fruncía los labios al decirlo.

—Lo que es ella es una santa—repitió Juana.

—Genios... Está siempre bullendo. Nunca salgo sin dejarlo todo arreglado, y nunca se satisface. El día pasado se puso á planchar; yo iba á salir... Pues bien: me quité el sombrero y no consentí... En fin, ¿qué le diré? Falta de otros cuidados... no tener hijos... Porque á ella nada le falta...

Calló, se miró el pie y añadió satisfecha reclinándose en la silla:

—Ni á mí.

Juana se puso á tararear. No quería "cuestiones," pero hallaba todo aquello "fuera de lo regular." Juliana siempre en la calle, ó en su cuarto trabajando para ella, sin dársele un bledo de nada, dejándolo todo como Dios quería, y la pobre señora barriendo, planchando... No, allí había algo. Pero su Pedro, á quien consultó, la dijo gentilmente, retorciendo el bigotillo:

—Allá se las entiendan ellas. Trata de divertirte, y no te metas en vidas ajenas. La casa es buena: procura sacar partido.

Pero Juana sentía *allá dentro* crecer su ojeriza por la señora Juliana. La consolaba la idea de que un buen mozo la quitaba el enfado... y sacaba partido también de la casa. Pedro tenía razón...

Juliana desde la *escena de la ropa* estaba asustada; no salió en algunos días, y estuvo trabajadora; pero cuando vió á Luisa resignarse, se entregó casi con furor á las satisfacciones de amor propio y á las alegrías de la venganza. Paseaba, se encerraba á coser, y que se fastidiase la *Piorrinha*. Delante de Jorge aun se contenía; le tenía miedo; pero apenas se iba, ¡adiós! Estaba barriendo ó arreglando, sentía cerrar la puerta, y dejando la basura y la

escoba, se dedicaba á componerse. ¡Allí estaba la *Piorrinha* para acabar con todo aquello!

Luisa, entre tanto, sentía de pronto y sin razón fiebres efímeras; adelgazaba, y sus tristezas ponían en cuidado á Jorge.

Ella lo explicaba todo con *los nervios*.

—¿Qué será esto, Sebastián?—era la pregunta constante de Jorge, acordándose con terror de que la madre de Luisa había muerto de una enfermedad del corazón.

En la calle se sabía por Juana la cocinera que la del ingeniero *andaba mal*. La tía Juana juraba que tenía la solitaria. Porque, vecinos, una persona á la que nada faltaba, con un marido que era un ángel, una buena casa, y abundantes comodidades... empezar á decaer, á decaer... Era el *bicho*; no podía ser más que el *bicho*. Y recordaba á Sebastián que debía llamarse al hombre de Villanova de Famalicao, que poseía un remedio para el *bicho*.

El señor Paula lo explicaba de otro modo:

—Todo es cosa de la cabeza—decía moviendo la testa con aire profundo.—¿Sabe usted lo que tiene, señora Elena? Una gran dosis de novelas en la mollera; yo la veo desde la mañana con el libro en la mano... Se pone á leer novelas y más novelas..., y ahí tiene usted el resultado... ¡Chiflada!

Un día se desmayó Luisa, sin causa, y cuando volvió en sí quedó débil, con el pulso profundo y los ojos hundidos. Jorge fué á buscar á Julián en seguida: lo halló agitado, porque las oposiciones eran al día siguiente, y sentía *dolores de vientre*.

En el camino no dejó de hablar de su tesis, del escándalo de los recomendados, del que armaría él si le hiciesen una injusticia, y de su arrepentimiento por no haber *metido más cuñas*.

Examinó á Luisa, y dijo incomodado:

—No tiene nada... ¿Y me vas á buscar para esto? Tiene anemia; lo que tenemos todos. Que pasee, que se distraiga; distracciones y hierro, mucho hierro. ¡Ah! Y agua fría por la espina dorsal.

Como eran las cinco, se convidó á sí mismo á comer, echando pestes toda la tarde contra el país, maldiciendo de la medicina, injuriando á su contrincente, y fumando desesperadamente los cigarros de Jorge.

Luisa tomó el hierro, pero rehusó distraerse; la fatigaba vestirse, y odiaba ir al teatro. Después, cuando vió á Jorge preocuparse de su estado, quiso afectar fuerzas, alegría, buen humor; pero aquel esfuerzo la abatía profundamente.

—¿Quieres que vayamos al campo?— la decía Jorge desolado, viéndola desmejorar.

Ella recelando posibles complicaciones, no aceptaba. No se sentía bastante fuerte, decía. ¿Dónde estaría mejor que en su casa? Luego, los gastos... las molestias...

Una mañana que Jorge volvió á casa inesperadamente, se la encontró en *robe de chambre*, con pañuelo á la cabeza, barriendo.

Se paró atónito en la puerta.

—¿Qué haces? ¿Estás barriendo?

Ella se puso roja, tiró en seguida la escoba, y fué á abrazarle.

—No tenía nada que hacer... Estaba aburrida: además de que eso me hace bien, es un ejercicio saludable.

Jorge contó por la noche "aquella locura de andar en limpiezas..."

—Una persona que está tan débil, señora mía...— dijo reprobivamente Sebastián.

—Pero no—decía ella.—¡Si no estoy mala! Si ahora se hallaba mucho mejor.

Aquella noche casi no habló; inclinada sobre su *crochet*, un poco pálida, sus ojos miraban á veces con triste fatiga, sonriendo al propio tiempo en silencio de una manera desconsolada.

Pidió á Sebastián que tocara el *Requiem* de Mozart. ¡Era tan bonito! Quisiera que lo cantasen en la iglesia cuando muriese...

Jorge se enfadó. ¡Qué manía por hablar de cosas ridículas!

—¿Pero no puedo yo morir?

—¡Bueno, muérete, y déjanos en paz!—replicó él irritado.

—¡Qué buen marido!—dijo ella á Sebastián.

Dejó el *crochet* y le rogó tocara los dieciséis compases de la *Africana*. Escuchó ensimismada; aquella música entraba en su alma cual si dulzura de voces místicas la llamasen; parecía que llevada por ellas, desprendiéndose de todo lo terrestre y agitado, y se hallaba en una playa desierta, junto á un mar triste, y allí, como ideal espíritu, libre de carnales miserias rodaba entre las ondulaciones del aire, y pasaba sobre las olas como soplo de brisa...

Su actitud melancólica enfadó á Jorge.

—Sebastián... ¡Haces el favor de tocar el fandango, *Barba Azul*, el *Pirolito* ó el demonio?

—De lo contrario empiezo yo con el canto llano. Y con tono fúnebre cantó:

*Dies irae, dies illa,
Solvunt seccula in favilla!...*

Luisa se rió.

—¡Qué loco! No se puede estar triste...

—Se puede—dijo Jorge—pero si se está triste que sea del todo.

Y cantó quejumbrosamente el *Bendito*.

—Los vecinos dirán que estamos locos, Jorge— dijo ella.

—Y ciertamente lo estamos— contestó él, metiéndose en el despacho y cerrando la puerta.

Sebastián tocó algunos compases más y volviéndose á ella, la dijo en voz baja:

—Pero, ¿qué ideas son esas? ¿Por qué esa tristeza?

Luisa levantó hasta él los ojos, vió su rostro franco y amistoso, lleno de rasgos simpáticos, é iba á decírselo todo por la explosión de su dolor, cuando Jorge salió del despacho; sonrió, se encogió de hombros y volvió á tomar su *crochet*.



Al domingo siguiente por la noche hubo *causerie* en la sala; Julián contó su oposición. Estaba contento; había hablado dos horas con lucidez y precisión.

El doctor Figueiredo le dijo que *debió haber amenizado algo más*.

—¡Literatos!— decía Julián con desprecio. — No pueden hablar cinco minutos sobre el hueso fémur, sin sacar á plaza las *flores de la primavera* ó los *progresos de la civilización*.

—Los portugueses tenemos la manía de la retórica— dijo Jorge.

Juliana entró con una carta.

—¡Es del Consejero!

Todos se inquietaron. Pero Acacio se disculpaba de "no poder ir, como prometió la víspera, á charlar á casa de la excelente doña Luisa. Un trabajo urgente le retenía al yunque del deber. Daba recuerdos para Sebastián y Julián, y afectuosos respetos á la interesante doña Felicidad."

Una ola de carmín inundó el rostro de la excelente señora. Tosió, toda alterada, mudó de silla dos

veces, tocó con un dedo en el piano la *Perla de Ofir*, y al fin, no pudiendo dominarse, pidió á Luisa que "fuesen á su cuarto, porque tenían un secreto..."

— Cuando entraron en él, cerró la puerta de la sala.

— ¿Qué me dices de su carta?

— Mi enhorabuena — dijo Luisa sonriendo.

— ¡El milagro! — dijo doña Felicidad. — ¡Ya empieza el milagro!

Y añadió:

— ¡Fuí á casa del hombre aquél que te dije, el gallego!

Luisa no entendía.

— El hombre de Tuy y la santa... Les llevé mi retrato y el de él. Se fueron hace una semana. La mujer empezó ya á meterle las agujas en el corazón.

— ¿Qué agujas?

— La mujer hace un corazón de cera, lo pega en el retrato del Consejero, y durante una semana clava á media noche una aguja bendita con el preparado que ella tiene, y reza.

— ¿Y le dió usted dinero?

— Ocho duros.

— ¡Doña Felicidad!

— ¡Oh, no me digas nada; ya ves qué cambio! De aquí á unos días se declara... ¡Ay! Permítalo Nuestra Señora de la Alegría! ¡Nuestra Señora lo quiera! Ese hombre me vuelve loca... ¡Tengo cada sueño! Hasta estoy en pecado mortal... ¡Y qué sudar! ¡Mudo de camisa tres ó cuatro veces!

Se miró al espejo; quería convencerse de que las bellezas de su persona ayudarían á las agujas de la saludadora, y se alisó el pelo.

— ¿No me encuentras más delgadita?

— No.

— Pues lo estoy, hija, lo estoy — dijo enseñando la cintura.

Hacía planes. Iria á pasar la *luna de miel* á Cintra... Sus ojos nadaban en fluido lúbrico.

— ¡Nuestra Señora de la Alegría quiera! La tengo dos vélas encendidas día y noche...

De pronto la voz de Juana sonó en la escalera de la cocina.

— ¡Señora, señora! ¡Pronto!

Luisa corrió, Jorge también. Juliana yacía desmayada sobre el piso de la cocina.

— ¡La dió de repente, de repente! — exclamaba Juana pálida y temblorosa. — Cayó de repente, de lado...

Julián la tranquilizó; era un síncope. La acostaron. Julián la hizo dar friegas en las extremidades con una bayeta caliente, y antes de que Juana, medio despeñada, fuese á la botica por un anti-espasmódico, Juliana volvió en sí, muy débil. Cuando bajaron á la sala, dijo Julián liando un cigarro:

— Son frecuentes estos síncope en las enfermedades del corazón. Síncope simple. Pero á veces toman carácter apoplético y acaban en parálisis, poco duradera, porque el derrame de sangre en el cerebro es pequeño pero desagradable al fin. — Y añadió encendiendo el cigarro: — Esa mujer se les muere en casa el mejor día.

Jorge, preocupado, paseaba por la sala.

— Siempre lo he dicho — observó doña Felicidad. — Tendrán que deshacerse de ella.

— El tratamiento es incompatible con el servicio — dijo Julián. — Aun almidonando se puede tomar digital ó quinina, pero el mejor tratamiento es el reposo, exclusión absoluta de cansancio. Qué tenga un disgusto ó un día de tedio, y puede irse.

— ¿Y está la enfermedad adelantada? — dijo Jorge.

— Según los síntomas, sí; advierte ella debilidad en el pulmón, opresiones, dolor agudo en la región